

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Enero 18.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 44.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XV.

En que se da cuenta de los caballeros del Palacio encantado de que era guarda y Maestresala Saldañuela.

Érase en el medio del Salon de los retratos una gran mesa de madera, desnuda de zofra y ornamento, sustentada por gruesos piés torneados, atravesañs y llaves de hierro, sobre la cual posaba un anciano atril de ébano poderoso á soportar el peso de los libros que siempre sobre él abiertos se mostraban en beneficio de los caballeros de la Casa; y Don Quijote, asentado sobre sillón de cuero y altos brazos, á buena distancia de la mesa, grave y respaldado leía en soledad los grandes caracteres de un volúmen á la luz de negra lámpara de cobre.

Tener su habla y propio movimiento parecia las ahumadas figuras de los cuadros como las de los descoloridos tapices que los muros de la amplia cuadra revestían; mas dábalo todo el andante Caballero á aventuras de los héroes de su Orden; y así se le representaba el Castillo de la Fama de Don Belianís de Grecia como el de Miraguada de Palmerín de Inglaterra; las fazañas de Florismarte de Hircania como las penitencias de Amadis de Gáula y las batallas de Tirante el Blanco; todas las cuales imágenes de gentes y de fechos en el campo infinito de su rara fantasía cobraban vida, color, cuerpo y ardimiento. Mugían lejanos los brutos de la selva, gritaba oscuro el cárabo y las nocturnas aves alternativamente chieheaban.

—Bien fuisteis vos todos, decia el de la Mancha, por las estrechas sendas de vuestras bien sentidas vocaciones, firmes en la fé, amantes limpios cual respetuosos servidores de la fermosura de vuestras nobles

damas; amparadores generosos de todo mortal necesitado. Amores os llevaban que no sórdidas codicias, y vuestros extremados cumplimientos eran pública liza dó mas se enaltecieron y mostráran con el desinterés el sacrificio.

Una enlutada dama abrió suavemente la mampara roja de la cuadra, y pisando pausada fuese hasta donde posaba Don Quijote; enjugó sus lágrimas que á raudales los sus ojos deramaban y entre dolorosos, prolongados y hondos suspiros fué su hablar de esta manera:

—Supisteis ya, por acaso, lo que es menester de este suceso?

—Fué primera resolución de D. Lope vuestro esposo, dijo Don Quijote, ver como vos, Señora, acabáseis para siempre, una vez labrada la deshonra de vuestra casa.

—¿Y sabreis tambien vos la causa por ventura?

—Sé, señora, dijo Don Quijote, lo que ignorar debiera el orbe; pues que sobre deshonras destas, ó sin deshonras, es el procurar de todas descreídas gentes romper y aniquilar á toda costa el sagrado lazo y nudo del matrimonio. Ni buscar hais otra causa, pues lo cuenta este volúmen que es código de caballeros de estos lares. «Si las leyes no desatan desaten pues las tumbas.» Ved, señora, y leed, que es ya necesario.

—Y qué medios, señor, y qué manera! exclamó Lucila.

—Es condicion primera, respondió Don Quijote, procurar sin descanso ni tasa el ridículo aparecer del esposo lastimado; á este fin han de encaminarse las ocultas cartas, las malévolas sonrisas, los escritos de aparato de profunda ciencia que hagan y manifiesten el perdido honor irreparable.

Y apesar de ello, Dios mio!.....

No ha de haber obstáculo, antes son de triunfo y algazara para la infeliz mujer en infames brazos del oscuro amante cobijada, como tampoco para el deshonrado esposo imitador de tal modelo una ó mil veces. A falta de la fe, es la sensualidad emperadora,

mas con su negra máscara, que no há el crimen poder á mirar cara á cara al astro de los cielos, cual el vínculo por ellos bendecido.

Y como Lucila hablar quisiese, adelantóse Don Quijote con estas palabras.

—Es segundo deber del caballero de esta Casa predicar no menos que proteger con sus ejemplos la universal tolerancia, que es penetrante y agudo el escandaloso sonido, y no hay sepulcro tal como el silencio; sea cada cual monarca de sí mismo; el no oír, tal es el precepto.

Y ved, señora mia, casi ya andada la mitad de nuestra ruta, mas no ella toda; pues que es así bien preciso hacer salir á la inocente dama del seno y del amor de la patriarcal familia, por medio de la vanidad y del orgullo ¿Qué es si nó de la hermosura y la belleza por celosías y hierros esclavizada? Sea pues universalmente celebrada y vista, y el perpétuo y fácil objeto de nuestros ojos así en la sociedad preclara de los hombres como en lo florido de los campos y lo bello de los pensiles. Brillar há con sus encantos una dama, pues ha su vocacion y sabiduría y facultad para todo éllo, cual el varon de la ciencia y el letrado, y el consumado filósofo, y el vate que á las artes se consagra. Ella ha de ser madre de familia, y madres educan hijos que formen pueblos. ¡Haceos dueños, Caballeros de esta casa, de la madre de familia y ser heis dueños del mundo! La dama no ha de ser perpétuo objeto del amor de nuestros caballeros, pues que permanente nada para ellos hay sobre la tierra; dejadla libre el paso.» Confesad, señora, como hasta hoy existió vilipendiado por demás vuestro sublime sexo; de hoy en adelante, como de oro sois precioso objeto, os convirtió el nuevo saber en pura moneda!

¡O! señor Caballero, ¡por piedad hais escucharme! exclamó Lucila. Jamás, creédme os ruego, la liviandad fué osada á presentarse ante mis ojos, pues veces muy pocas es ella hasta tal punto aleve é insidiosa; vanas cu-

riosidades me movieron, lazos crueles y poderosos me tendieron, ansias fingidas y audaces me provocaron.

Diéronme, señor, á leer un libro que decían el volúmen de oculta ciencia, y sucesos inauditos, y misteriosos y admirables acontecimientos manifestaba. No se decir de su lectura si no que con ella se oscurecía hasta la luz de los mismos astros, y la del corazón se me apagaba. Convulsa soportaba apenas la mano la frialdad de aquel volúmen, y no había poder á arrojarle de las manos, así en él engastadas cual en el hielo humilde planta, que es el frío alevé y perezoso; mas he de haceros saber como á la par que los amables sentimientos y sus delicadas gasas iban unos tras otros rasgándose y partiéndose en pedazos, así al mismo compás el aliento de la razón se dilataba, y acosaban las dudas, y alzabase la osadía, y acabándose iban el respeto y miramiento. Fué mas de una vez mi intento abrasar el libro, mas era ya mi corazón vuelto cenizas.

Preguntábame mi asombrado esposo cuál era la causa de tal mi mudanza y variación tan extremadas, y por qué la alegría habíase huido de mi rostro, y en parte alguna hallarme no podía ya contento; y yo no acertaba á tranquilizarle sino quejándome de falla de salud que me llevaba á veloces pasos á la mas cruel melancolía.

Con que cierta noche en que sola me hallaba en mi aposento y Don Lope en la Corte á tratar de sus graves asuntos, por ver si era la verdad lo que el volúmen expresaba, alcé la voz para preguntar si yo podría hacer la prueba en mí de todo aquello que en el libro se decía; y en el mismo instante oí como contestaban *sí* dentro del aposento en que me encontraba. Detúvose sin duda la sangre de mis venas y erizarse debieron mis cabellos, y no se dió aún la curiosidad por satisfecha. Y continuando mis preguntas, seco el labio, desencajados los ojos, el pulso tembloroso, supe, por fin, como cada uno de los humanos seres há un espíritu diputado que continuo le acompaña, y el que me estaba designado era de los mas altos y en su sabiduría mas profundos. Ordené como tomase en aquel mismo punto movimiento mi manto de seda inerte y así él lo verificó sin mas tardanza veces repetidas.

Y acusábanse de incredulidad aquel espíritu, y ordenábame exigiera yo cuanto me placiese, por cuanto mi

gusto quedaria en todo satisfecho; en resolución, quise saber la hora que era aquella en que yo entonces tan espantablemente vivía y me agitaba, y en el instante sentí tal impresión cual si levantarme intentáran del mi asiento. Hícelo en efecto, y encamináronme á la próxima mesa, y asentáronme en el sillón á ella cercano, moviéronme la mano, la cual despues de describir arcos de círculo cada vez de menor radio fué al cabo á posar sobre uno de los denominados hora tímbrados de avisar lo que ocurriese; y cesó toda indicación de movimiento. Y trascurrido largo espacio, ví cual mi índice deslizábase hasta descansar sobre el del timbre. Despues, señor, oprimieron por dos veces aquel mi índice yerto y produgéronse dos sonidos en los momentos mismos en que el reloj de la ciudad los pregonaba. Así supe la hora de *las dos* de aquella noche.

Acudió pues mi hija al que juzgó mi llamamiento, y hubo, sin duda, de quedar petrificada al notar la color de mi semblante, lo rígido de mi aspecto, la incertidumbre de mis desusados ademanes, mientras me decían é instruían interiormente como debía yo evitar toda palabra; por lo que, al contestar á mi hija que anhelaba conocer lo que buscaba yo en tal ocasión por toda la mesa, abandonada la mi mano, ésta señaló por sí sola primeramente un envoltorio de papeles que *dulces* contenía; luego las *cadena*s del reloj que posaba sobre la tabla, y el sello de cierta alhaja que en extranjera lengua decía, *manufactura de la Helvecia*.

Y no de otra diversa manera sino de esta misma hubieron su particular y profunda respuesta todas cuantas preguntas me fueron dirigidas. Salióse del mi aposento llena de espanto mi hija, y quedó la su desdichada madre idolatrada hirviendo en tenaz fiebre. La inocente criatura juzgó inspirada por un alto y buen espíritu á su madre querida, creyendo en ella felices maravillas, y esta, poseedora del misterioso poder que en sí sentía, pensó habitar ya suprema región dictadora del mundo y de sus seres.

Largo por demás fuera, señor caballero, traerlos aquí ahora los libros de mi mano, los cuadros así hallados y pintados y las resoluciones efectuadas, mientras Don Juan á mi mente aparecía el único ser capaz de sentimientos cual los míos, de ideas asi altas cual las propias de gentes inspiradas y de tan levantadas afecciones

cual convienen á seres predilectos. Ni queráis ya saber mas de mi desgracia.

—Pero despues de eso, señora..... dijo Don Quijote.

—Habitaba yo, prosiguió Lucila, el hermoso parque de Don Juan, de aquí no tan lejano. La maldad, ¡ó no hay dudar! señor, jamás es tranquila. Y así era el decirme, continúa, á mí misma. ¿Dó tu, felicidad, que aún no fué el encontrarte? Humilde fuí por la senda que me dieron, y tal ruta dócil seguí cual me inspiraron. Y mi mano yerta yace ya, y conmigo sola ni en la tierra ni en la mas levantada región he hallarme un consuelo..... El volver en mí y pedir al Cielo auxilio fué el derrumbar en solo un punto, de todos mis inoculados males, y el resolver y determinar en su creciente energía y valor hallarme hartos presteza y espacio.

Vuestro esposo, señora, interrumpió Don Quijote, (que tal es veces no pocas) de escuchar hubo impertinentes consejos, todos, al decir de experimentadas gentes á cual mas eficaces y apropiados al inesperado é inaudito trance de su deshonra. Mas, castigos hay de crueles consecuencias sin la prevision y entendimiento necesarios; por lo cual una bien dirigida montería en el parque de Don Juan mereció de todos la preferencia. Vos conocéis, señora mía, el plomo cuan fácilmente se desmanda, cuanto mas en manos de tantos egercitados tiradores. Y es capaz de raros sucesos la cacería en su tanta oscuridad de selvas y de montes, y ruido tal de ojeos, carreras, y diversos pareceres, saltos, sorpresas, trampas y artificios. Conociendo lo cual, sin duda, vuestra hija determinó partir ocultamente á la montería de vuestros mas fieles criados acompañada, pues eran su deseo y designio ocupar el lugar vuestro en jornada tan deleitosa, y en tomar para sí los ardidés que en contra vuestra se fraguasen.

—¡Tal era así de esperar de tal amante criatura! exclamó Lucila sollozando.

—Era vuestra hija, continuó Don Quijote, enseñada cual conviene y pertenece al su sexo, pues los corazones aleccionar deben las madres cual los hombres las cabezas; y el sentimiento propio es de vuestro sexo cual la recta razón de caballeros; y de hombres y mujeres ante todo, es reina y soberana la conciencia muy mas que el antjo y la estúpida ignorancia arriscada en no ver ni cumplir

las justas, invariables leyes que al Universo rigen y gobiernan, las cuales ni estuvieron, ni han de estar, á merced de sensuales, ambiciosos, avaros ni gentes descreídas. La ciencia es don, señora, de muy pocos; mas oculto tesoro que el diamante; ni son para avés de corral las margaritas. Andase hoy el mundo lamentable arañando rincones y secretos por hallarse disculpas imposibles, averiguando magías y escarbando hechicerías, cual si hasta hoy ignoradas hubiesen sido las verdades, y el humano antiguo humano linaje hicieran de algún palo; y visteis vos por négra cuanto experiencia dura y abominable á dó conducen dudas, nuevos principios é incredulidades impotentes, que no es sino á lujurias, y á los crímenes, sonrojos y abyecciones interminables. Que en esto inexorable es la ley de andantes Caballeros.

Y sonada ya la hora que habían señalado, apareció, como justicia, la estampa de Don Lope en la incierta lejana puerta principal del aposento. Era la su faz sin saña, mas severa; sus ojos, no iracundos, mas imponentes. Púsose en pié el Hidalgo de la Mancha, y Lucila, veloz cual rayo, cayó postrada sobre el pavimento. Gran silencio sucedió de prodigiosa elocuencia, y al fin en llanto anegadas dejáronse oír tales palabras.

Señor! pues no hay disculpa, aquí justicia; sentenciad, vos, mi esposo, vuestra causa. Poderosa hartó fui! ¡ay de mí! para dañaros; mas no lo soy á volver atrás los tiempos. Sed siempre lo que fuisteis, yo lo que de mí hice, con lo que sois el juez y yo la esclava.

Nieblas vagas, rápidas y tumultuosas, vientos desatados levantan y conducen sobre la faz del cielo cual aquellas que las facciones de Don Lope velaban, ocultaban y turbaban incesantes; pero al cabo dijo:

—¡Alzad, desventurada! ¡mayor castigo háis ya en vos que el que supiera imponeros juez humano! Mas no solo de vos fué el aprender en este caso, pues que ha alcanzado á todos la enseñanza. ¡Mujer; y cuál sois desdichada!

Y como Lucila no hubiese poder á levantarse de aquel suelo, acudió con su ayuda El de la Mancha; observado lo cual por Don Lope, tendió entrambos sus brazos á Lucila exclamando: ¡De hombres es hacer lo que Dios hace, y labor es esta de Dios en cada momento!

Lucila, arrojada sobre el sillón,

permanecía aun sin habla, mientras decía Don Quijote:

—Vos obrásteis, señor, como quien sois, y tal cual son ellas es el obrar de vulgares gentes en trances semejantes. Lllamaros han desde este día magnánimo cuantos bien os conocieren; sobre que jamás hubierais de lograr encubrir males con desdichas, ni con sangrientas venganzas las deshonras. Y traten con aceros estos casos quienes juzgan jabon la sangre humana. Sobre ser ella de todo punto ineficaz, señor Caballero, é innecesaria por cierto, siendo, como lo es, tan hacedero y trivial contestar y cumplir los usos y gustos mundanales. Vuestro título ya os teneis de Conde de vuestro solar y vuestra hacienda; rugen ante la multitud vuestros heredados tesoros, y aplaudirse han vuestras resoluciones tales cual fueren, y ansiar han vuestra amistad aquellos mismos que murmurar intentaren, que es así propio del mundo. Sí que la cuestión es de deberes que no de impertinentes apariencias.

Y un tanto vuelta en sí la esposa desventurada, en entrecortadas y dolientes palabras dijo:

—Bien está en vuestra virtud, señor, el obrar de esta manera, pues así lo estimásteis y para ello piedad tan desusada y alta hubisteis, mas ahora mio es el hacer como á livianas corresponde, que es el hallar, aun la vida de por medio, camino y modo de levantar del lodo inmundo de su infame villanía. Ni queráis, señor, haberme á vuestro lado que os manchárais, y el hedor de mi aliento os axfixiara. Esperad, que aun hay días, (pues el corazón así lo siente) y en ellos obras tales que puedan juzgarse dignas de una esposa. Vísteis como los pies ensangrentados, sin aliento á causa del cansancio, falta del sustento que el deshecho y ya estenuado cuerpo conservase vine conmigo á dar al atrio del solitario monasterio. Y os envié á llamar porque me acabáseis, que érame ya la vida carga pesada, y el crimen de fatiga insoportable.

Y me abracé al marmóreo rostro de la Ossorio, y así le acerté á hablar cual si verdaderamente me escuchase. Vos, señora, yo decía, que así injustamente sufristeis las calumnias de las gentes, ayudadme luego á salir de esta mi deshonra. Solo por lo que al oír la falsa vuestra deshonra vos sufristeis hay hallar modo de ver la que es cierta y descarada. Lashorasque cercanas con sus negras y corvas alas vue-

lan, alentad con la virtud inmaculada que os dió la eternidad, señora mia. Oyense ya los pasos de la venganza, la paga de la maldad es el tormento, su son el abandono, su alrededor el ánsia y la congoja, su esperanza la tumba sin su llanto.....

Ni pudo continuar Lucila en sus acentos; pero Don Lope dijo, tomando la yerta mano de su esposa:

—No fuera mi nombre él que cuenta y encarece la sangre de mis antepasados si acertase ahora á resolver cual los menguados suelen; el deber, señora, ni admite medianías, ni hay mas sino cumplirle como buenos. Lícitamente toma nuevo esposo la viuda del primero, pues que Dios se le bendice; la bendición de Dios lleva consigo quien recto se arrepiente. Y dejad vos rodar juicios humanos. Y saliéronse todos de la galería de los cuadros.

Conque al bajar solo y pausado Don Quijote las carcomidas gradas de la interior y reservada escalera vió como al cabo y al fin de ella ondeaba claridad cual de llamas amarillas, que á veces el humo cubría ó agrisaba; y al cruzar por el frente de cobarde ventanuela cerrada por menguados verdes vidrios observó como en el inmediato patio ardian diferentes negros objetos amontonados, y el hedor era insufrible. Y una sombra vagaba por los andenes altos del portal de la trasera entrada del palacio. No tardando aparecieron otras varias murmurando sus frases misteriosas, y tras la comitiva iba un féretro que otras cuatro personas soportaban y á largo paso y firme conducían.

—¿Dó vos, el caballero? dijo una ronca voz allá en lo mas bajo.

—Dó vos, el de Saldaña, respondió en grave acento Don Quijote.

—Aquí no os daba ahora yo, dijo Don Ruy Lope.

—Ni es en vano el aquí hora toparos, replicó El de la Mancha.

—¿Disteis, pues, en el caso? añadió Don Ruy Lope.

—Dí en que á enterrar llevan los mortales restos de Don Juan, contestó Don Quijote.

—Téneos, en fin, señor mio, repuso el Saldaña, y venid al mi aposento que es cercano.

Y viendo el ya no tuerto cual consigo llevaba Don Quijote un grueso y alto volumen rotulado, dijo en resuelta voz mas azorada.

—Dadme, señor, lo que habeis en vuestras manos.

—En verdad, bien os lo demandaba

la señora al halláros súbito en el templo del monasterio de la Ossorio; mas ello vuestro no ha de ser en modo alguno sino del mas horrible fuego patrimonio.

—Sea en buen hora, dijo el de Saldaña.

—¡Tocóle en suerte tal destino supremo al Don Juan! Preciso era.

—Y aun ofrecióse el mismo, dijo Don Ruy Lope. Ni hay como explicaros la solicitud incesante con la cual toda entendida mujer por caballeros de este gremio es siempre pretendida; Don Juan, y juro cierto, nunca jamás amaba, ni hay poder amar dó se hielan corazones.

—¿Y ese tan triste acabar? señor caballero.

—No me demandeis nada, pues nada he de acertar á explicaros de cuanto aquí acontece, prosiguió Don Ruy Lope. Vanos fueron los discursos de letrados, y toda investigacion se halló del todo infructuosa. Ni fué quien explicase su dolencia, y creéd que no es única de su clase en este sitio. Terrores le mataron, y pavores y espantos le consumieron.

Mas vos ignorais, señor, la suerte de ese angel, ó hija de Lucila....

—¿Qué es pues de eso? interrogó asombrado Don Quijote.

—¡Ella en su secreto quiso sufrir la suerte de su madre! continuó Don Ruy Lope.

—¡Allá en la montería! interrumpió el Caballero de la Mancha.

—Y todo se hallaba al caso puntualmente prevenido, continuó Don Ruy Lope. Conque la niña instruyó al criado de su casa, al cual habia ordenado la acompañase, de como ella queria tomar el nombre de su madre y él habia de representar el papel de Don Juan en aquella jornada, con lo que la sorpresa seria luego muy graciosa y digna de celebrarse. Asi llegaron el camarero y la hermosa criatura al parque del raptor, en el cual ya habian dado principio al ejercicio de la montería los caballeros diputados por los amigos de Don Lope, y no llevaba otro fin alguno sino cazar las alimañas que se encontraban en la casa de la Quinta. Lucila habia aprovechado tan buena ocasion para huir de la adornada caverna en la cual la tiranía de su pasion la tenia encadenada, y Don Juan en busca de su amante andaba procurando, no tanto la su dama cuanto la seguridad del secreto que á su seducida tenia confiado.

Ver los cazadores una mujer acom-

pañada solamente de un caballero y dirigir á ella sus tiros todo fué uno, y el camarero caer al suelo todo la cosa misma; y el criado todo cubierto de sangre, y la niña que se arrojó del caballo abajo, dieron por terminada la montería como quien su objeto ha conseguido. La criatura en sus lamentos hubo de llamar la atencion de Lucila, sola, caminante á la sazón por aquel bosque; y el reunirse madre é hija fué para tomar su determinacion de venir á espirar al pié de la tumba de la Ossario ó entrarse, si la vida las duraba, en el celebrado monasterio. Tal, señor, es el fin de esta aventura en el que claro se vé cuán fieros son del crimen los anales, y cuanto mas poderosa es la fé que no el acero.

Correspondemos tal como la mas delicada urbanidad lo exige al saludo de nuestro nuevo colega *El Orden público*,

No habiendo, como no le hay, un modificador de la atmósfera, notamos hace años los efectos mas duros de los rudos temporales. Durante el invierno pasado nos afligieron las lluvias por espacio de seis meses consecutivos. En años anteriores nos devoró las cosechas la sequía continuada. En el actual invierno se hacen insupportables los hielos. No hay, sin embargo, esperanza de que aprenda á estimar el arbolado este atrasado pais. Nosotros no hemos ya de insistir mas sobre este vital asunto. Las consecuencias se palpan. Procuraremos abrigarnos lo posible para salir al campo, cuando se pueda, á ver como el hacha sigue en su proyecto despiadado. Pero, ¡ay del porvenir de Castilla sin los árboles!

Hoy pone en escena la actual compañía dramática el melodrama, arreglo del Sr. Belza, *El Jorobado*. Ofrece al público la empresa una fabulosa rebaja de precios de todas las localidades. Con esto y el justo crédito de que gozan los actores hoy de nuestro teatro llegamos al caso de poder ver, si aquí es posible esta clase de espectáculos, que jamás ha de ofrecer mas sino actores de nota á precios ínfimos. No nos determinamos á resolver el problema, por faltarnos el cálculo de las probabilidades; es decir, para con nosotros mismos no hay problema; para con los demás sí. ¡Arte de Calderon y de Moratin! ¡Qué frio para el Arte!

Por la fiscalía de imprenta se nos hace saber que ha sido denunciado el número tercero *El Orden público*; deseamos al colega mas prosperidad y menos de contratiempos.

Han llegado á la Biblioteca provincial dos excelentes esferas, la celeste y la terrestre, que son de necesidad en un centro de tal clase. Tambien se han recibido, con igual destino, un Atlas completo que auxilie los estudios de los concurrentes á tan benéfico establecimiento de instruccion pública. Hemos estudiado una y otra casa y no nos detenemos en afirmar que serán pocas las bibliotecas provinciales que posean mejores elementos de tal género.

Sabemos con gran satisfaccion los extraordinarios esfuerzos que se emplean para el establecimiento de Clases instructoras en todo lo concerniente á las artes y oficios, tan faltos en España de proteccion. Aplaudimos la idea y estamos dispuestos á secundarla con todas nuestras fuerzas; pero es preciso saber, ante todo, que lo que exigen el planteamiento y sostenimiento y duracion de estas preciosas instituciones no son profesores, que ya los hay, ni talentos, que ya existen, ni capacidades, que ya las tenemos, por fortuna; lo que el siglo necesita es el calor del entusiasmo, el fuego de la sensibilidad, la lumbré del amor á la ciencia por la ciencia, del saber por el saber, del bien, tan fecundo, por el bien mismo; y este amor no ha de constar solamente en el profesor, debe arder en el discípulo y oyente; porque en tanto el hombre es hombre en cuanto es remo y vela y vapor, fundamento de aquel axioma que querer es poder. El entusiasmo, en las empresas es Colón, en la ciencia Aristóteles, en lo moral la santidad. El corazon es la hélice del buque de la vida, el cual apenas bastardean ó la vanidad ó el interés el propósito perece.

Un extranjero en cuanto posee cuatro descabalados elementos de la lengua española viene á nuestra España y habla con nosotros aun con toda la incorreccion de un principiante, sin ruborizarse; un español no habla el francés hasta ser notable profesor.

En un invierno tan trabajoso como el presente son muy notables la abundancia, variedad y calidad excelente de los pescados que todos los dias se advierten en el mercado. Es cierta, muy cierta la Providencia.

Hemos sabido con profundo dolor la muerte del Sr. D. Pedro de Saenz de Zaytgui, padre de nuestro querido compañero en la prensa, el Director muy ilustrado de la *Crónica de Burgos*. ¡Ojalá pudiéramos servir de dulce y completo consuelo á nuestro amado colega en trance tan terrible!

Imp. de la viuda de Villanueva.